

542

Ca 2562



1827



81-8-A-N13-

542

Ca 2562

Discurso

leído ante

el claustro de la Universidad Central

por el Licenciado D. Eugenio Garcia y Soria

en el acto solemne de recibir la investidura de Doctor en la Facultad de Medicina...

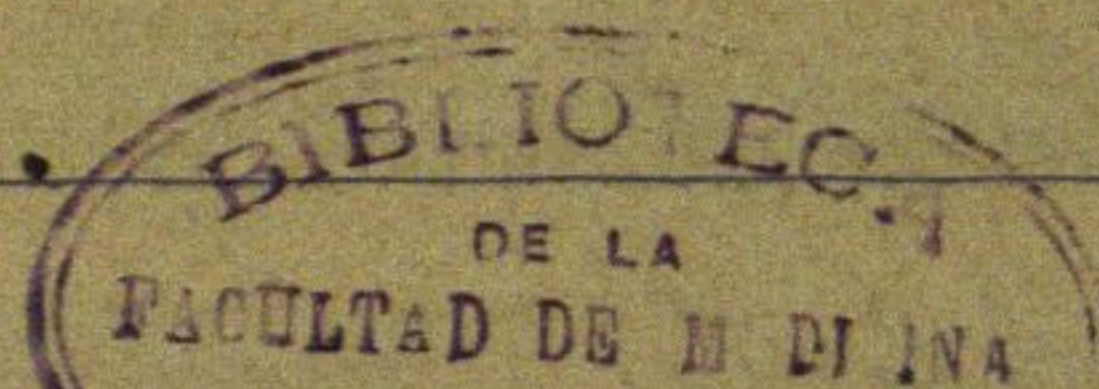


188



le 18646104
i 25797554

Exmo. Señor.



Cuanto mas se profundia en el estudio de la especie humana, mas se reconoce la necesidad absoluta de examinar con la mayor atención las relaciones de lo físico con lo intelectual y moral. Esta verdad proclamada ya por los filósofos de la antigüedad, no lo ha sido menos por los médicos quienes han considerado el estudio de aquellas relaciones como la base mas sólida de sus conocimientos. Uno de los que mas se han distinguido en este punto ha sido Stahl que con una profundidad digna de elogio, creó el sistema médico conocido bajo el nombre de animismo (1) considerando el alma racional como el principio de todos los movimientos vitales, estrechó mas los lazos que unian la Medicina con la Filosofía y aseguró ser imposible ejercer con acierto la medicina sin haber estudiado profundamente el influjo que ejercen en nuestra economía las causas morales; la diferencia que hay entre una máquina viva y otra inerte.

El estudio del hombre no se limita, pues, como el de otro ser de la naturaleza á examinar su forma, su estructura, sus propiedades físicas y facultades orgánicas; es aun mas compli-

(1) Historia de las ciencias médicas y prolegómenos clínicos del Doctor Sautero = página 138 = año de 1878. = Histología del Doctor D. Aureliano Mestre de S. Juan. pag. 115 = año 1879.

endo; su diversa educación y civilización, su género de vida tan variado en todas las situaciones y condiciones, y en los diversos países del globo, elevan ó abaten, modifican ó desfiguran su tipo original.

La mujer flor de la naturaleza viva, experimenta estas profundas modificaciones aun en grado mas alta; de aquí la multitud de afecciones que perturban su salud y que se han creído dignas de estudio especial en Patología.

La mayor parte de los escritores que se han ocupado de tan delicado ser, ó son médicos y lo han hecho considerando muy especialmente su organización, sus enfermedades, la reproducción de la especie, ect, ect, ó son moralistas, entre los cuales unos han escrito como apologistas entusiastas, mientras que otros lo han hecho como detractores satíricos; mas, está muy lejos de ser el mejor medio de apreciar exactamente el carácter de el sexo femenino el ensalzarle con entusiasmo ó el deprimirle con epigramas.

Es verdad que debe considerarse como muy difícil conservar una imparcialidad completa al emitir juicios sobre un ser que unas veces forma las delicias y otras el tormento del hombre, y sobre cuya organización extremadamente sensible y carácter moral notablemente móvil, apenas puede discurrirse sin formar cuadros que podrán parecerse poco entre sí; pero

que en el fondo mostrarán siempre su alma encantadora y expansiva capaz de los mas opuestos sentimientos.

La constitución de la mujer se dobla a los diversos yugos de la vida social; así la vemos ya esclava odalisca del Sultan de Turquía, y a en los Haranes del Asia, ora sierva oprimida del salvaje, ora dulce compañera del hombre civilizado de los pueblos cultos y galantes, ya voluptuosa y tímida, ya la observamos intrépida Amazona, mas veces campesina laboriosa curtida por los ardores del sol, otra delicada cortesana enervada por la muelle languidez de la ociosidad y por los placeres del lujo. Cualquiera que sean las razones alegadas por los partidarios de la igualdad de los dos sexos, y aunque la educación puede aumentar el vigor físico y moral de la mujer, no puede compararse bajo este punto de vista como quieren algunos con el hombre. Las célebres Espartanas luchando en el monte Taygeto ó bailando la danza pírrica guerrera en las márgenes del Eurotas, no igualaron nunca en energía a los mismos Espartanos.

Las leyes las excluyeron del sacerdocio, de los empleos civiles y de la magistratura; la antigua ley Salica no las permitía subir al trono y aunque se citan algunas, y conocemos hoy que reinaron y reinan con gloria; como las célebres reinas de Babilonia y de Palmira, las Isabelas de Castilla y la actual reina Victoria de Inglaterra; es sabido que donde las mujeres reinan gobiernan los hombres. Pero por que el hombre sea mas robusto que la

mujer, no se sigue que la naturaleza haya comedido exclusivamente el imperio al mas fuerte, y por otra parte es muy cierto que por la violencia solo se obtienen esclavas, nunca compañeras.

El amor es el reino de la mujer, por el es soberana arbitra de su vencedor; reservándose el derecho de sucumbir, le esclaviza por su debilidad, como le irrita por su fuerza y cuando parece ceder espera mandar luego con mas imperio y despotismo. Su dulzura es su poder y su gloria sus encantos, joyas preciosas con que la naturaleza quiso adornarla. Esta es la verdadera relacion natural entre los dos sexos. El menosprecio con que miraron siempre los orientales a las mugeres, es vilicia por que el Korán da al hombre tanta superioridad sobre la mujer y la excluye del paraíso. Este proceder inímo y opuesto a la verdadera fisiología revela por sus leyes un temor de ignominia; pues que por su naturaleza es tan perfecta la mujer como el hombre por la suya. Si es cierto que su organizacion influye en muchos actos de su inteligencia, no lo es menos que su armonia experimenta infinitos cambios fisiológicos, debidos a causas morales que no debemos olvidar ni tampoco ignorar; puesto que las irradiaciones del estado intelectual y moral nos inducen a veces al conocimiento del estado sano o enfermo del cuerpo, aclarando al médico en muchas ocasiones los actos internos de su organizacion mas que cuantas investigaciones hiciera por medio de los sentidos.

Pero ¿podremos ligonjearnos de levantar el velo que oculta las

pasiones y sentimientos que abriga el corazón de la mujer misteriosa e incomprensible las mas veces aun para si misma? ¿Quién sondeará abismo tan impenetrable? ¿Quién seguir podrá las secretas revueltas de tan increíbles laberintos de caprichos, de disimulo, de voluntades inconstantes en que juguetea una sensibilidad viva, exaltada, mas movible que el aire, y que no siempre está segura de sus propias determinaciones? Si el hombre se conoce tan poco a si mismo, menos conocerá a la mujer que jamás confiesa todos sus secretos. No tratare pues aqui de decidir cual de los dos es el mejor, porque abigo la convicción de que cada sexo ostenta sus virtudes y vicios; pero que siendo de diferente calidad no ^{hay} comparacion exacta que hacer entre ambos: cada uno de ellos es bueno, es perfecto segun su género, no hallándose menos fuera del orden natural la mujer que quiera parecer hombre, que el hombre que se afemina; y que aunque diversos, vale cada uno en su esfera tanto como el otro: el hombre como un ser robusto y fuerte, la mujer como un ser amable y débil.

Ahora bien: expuestas ^{estas} consideraciones con la mayor brevedad posible.

¿Podré esperar la benevolencia y aprobacion de tan esclarecido tribunal al proponerme bozquejar sin duda con demasiada osadía y temeridad la importancia que tiene para el médico el estudio de la mujer considerada física, intelectual y moralmente?

— Pretension seria por demas infundada al que como yo, hijo de esta

ilustre escuela; cuyo la desgracia de vivir alejado de ella hace diez y siete años, sufriendo las amarguras que absorbe el profesor de poblaciones rurales; no obstante alientame la idea de hallarme entre los sabios de mi juventud que siempre fueron indulgentes con los hijos de su inteligencia.

¿Que pincel habrá que sirva bastante seguro para trasladar fielmente unágen tan móvil, sea al menos bastante delicado para darla el colorido que la presenta con mayor fidelidad y mas pura? Únicamente confío en vos Excmo. Señor, así como en el ilustre tribunal que me escucha con su proverbial y natural bondad; no olvideis al mirar tan pequeño cuadro, que es el primer ensayo de este novel pintor.

La constitución física de la mujer proviene de la delicadeza de sus órganos, todo está subordinado á este principio, por el que la naturaleza ha querido hacerla diferente del hombre; no es mujer solo por los atributos de su sexo, lo es por todo; y le dá á conocer hasta en los juegos de la infancia, susayando en sus mimicas sus propios sufrimientos que no se acabarán sino con la vida. Si consideramos la delicadeza de su fibra, la blandura del tejido celular, su desarrollo, las formas suaves y graciosas de esta mitad del género humano, habrá que

concederla todos los afectos de humanidad, compasion, caridad, ternura y conciliación que sostienen la sociedad, unen sus diversos miembros, estrechando los vínculos de familia y formando su mas apreciable atributo. Por su ternura invade la mujer la necesidad de interesar, de agradar y de amar; se dirige al corazón, se queja al corazón; protectora constante de la infancia, no hay sufrimiento que no desprecie, ni peligro que no arrastre por sus hijos hasta el punto de lanzarse así á las llamas como á las olas por salvarlos; todos los desgraciados la pertencien; consagrada al enfermo i al débil toma gran parte en sus dolores y aflicciones; y satisfecha de sus sacrificios solo exige por recompensa el ser amada.

Un sistema nervioso capaz de sensibilidad tan vehementemente, es digno del mas detenido estudio; un sistema nervioso semejante puede conducir á este ser tímido y amable á renunciar de repente á la dulzura natural de su sexo, para entregarse á las mas horribles exaltaciones del crimen, y á los atentados abominables que tan á menudo nos presenta la historia de todos los siglos pasados y presentes; como los de la atroz Cleopatra presentando una copa envenenada á su rival y á su hijo; como la altiva Roxana pronta á traspasar el corazón de Bajaceto demasiado impensable para ella, como nuestra compatriota y hermana contemporánea la Emperatriz

Eugenia que cruzando los mares y doblando el Cabo de Buena-Esperanza, tuvo el valor suficiente para recorrer el campo donde su joven cuanto querido hijo príncipe Napoleón había sucumbido víctima de los bárbaros Nubis, resistiendo golpes tan rudos como los que experimentó con la pérdida de su imperial corona en Sedan, luego la muerte de su esposo, y por último la de su única esperanza, la de la estrella que alumbrara más tarde el oculto horizonte de su agitada vida, la muerte horrorosa dada al pedazo de sus entrañas, a su único cuanto querido hijo..... y tantas otras mujeres que como nos demuestra la historia, han acompañado en las revoluciones a sus padres, hijos y esposos en la proscripción, en los calabozos y en los suplicios.

La debilidad de su sistema nervioso la hace susceptible de estas prodigiosas agitaciones y de las sensaciones más extremadas; el mal y el bien tienen en ella el mismo origen; todo en fin ejerce en la mujer un influjo poderoso sobre organización tan frágil y delicada, cuyas fibras son profundamente irritables; así es, que la más ligera impresión llega a veces a producir fuertes convulsiones. El verdadero filósofo, el sabio, el héroe, sabe contener sus pasiones, sujetar su inteligencia, vencerse por la fuerza de la reflexión y del juicio: la mujer es en general mucho menos capaz de hacerse cuenta de cuanto la afecta; y

tirantizada por la sensibilidad está mucho más expuesta a precipitarse y sucumbir antes que seguir la razón: por esto se encuentran más mujeres locas que hombres en los manicomios según el respetable parecer de alienistas españoles. Tan extremadamente viva su sensibilidad, acumula tantos desórdenes en su imaginación que aun las que demuestran más razón y fuerza, experimentan con frecuencia por ciertos estados ya fisiológicos o patológicos, una multitud de caprichos, y las irregularidades más estragantes en sus inclinaciones, en sus deseos y aun en sus afectos. Con imaginación tan valiente y flexible, más propia para concebir que para crear, más para adelantarse en labores de primor que en las artes de invención, recibe más sensaciones que ideas y sigue mejor sus impresiones que la luz de la razón: la finura de su tacto la da sensaciones delicadas y una penetración microscópica y rápida, y por ser los impulsos naturales más activos en ella, conoce con un instinto más seguro que el varonil los movimientos secretos del corazón humano; apreciando mejor los pormenores que el conjunto de las cosas, conduciéndose más bien por afectos particulares que por máximas generales.

El juicio es más sutil que profundo, es rápido o precipitado porque abraza objetos limitados y queda las más veces dominado por los sentidos que le reducen: como todo lo común se com

fuera; casi siempre lo parecen grandes aun las cosas mas pequeñas; y es con facilidad el juguete de sus impresiones: de aqui nace su estremada curiosidad, su afición á todo lo que es ilusorio; y tambien la exageracion de la sensibilidad que la conduce á immoderadas acciones, poniéndose esta vivacidad de emociones á una duracion prolongada. La misma delicadeza de sus órganos que hace tan dominantes las impresiones produce la inconsecuencia ó movilidad de sus afectos, como un débil jumento se dobla para variar y debilitar fuertes potencias á las que no puede resistir; así tambien la mujer tiene diferencias grandes segun su constitucion predominante: la melancólica en la que predomina el aparato digestivo, es mas constante, mas obstinada, menos ligera en sus impresiones que la sanguínea; en esta es la susceptibilidad nerviosa, pronta y fugaz, al paso que en aquella fuerte y duradera, las segundas mas ardorosas que constantes, son alegres, buenas y afables, son mas felices por que son mas deleitosas.

En las mujeres que predomina el sistema nervioso cuya actividad y desarrollo coincide con una sensibilidad exquisita, observaremos la vivacidad especial en sus sensaciones, volubilidad en su lenguaje, rapidez en sus gustos, y sobre todo prontitud en sus determinaciones: sienten con ardor la necesidad de amar, el cariño á su vida; pero si dejan

de amar con ternura aborrecen pronto con furor; son impacientes y celosas porque son débiles, rara vez son felices, siendo mas bien dignas de compasion que de censura. Las mujeres de temperamento linfático son indolentes, desmemoriadas, casi insensibles al amor, gustan de la soledad y de la vida muerta, si alguna vez se irritan facilmente se templan y olvidan las injurias; son blandas y bonachonas tanto por complexion como por hábito, no son accesibles al sumo gozo ni al dolor estremado; y son tan incapaces de grandes vicios como de altas virtudes. Esta diferencia de constituciones no es tan marcada en las mujeres, sin duda por la uniformidad de sus ocupaciones ó por ser casi comun á todas una misma constitucion; En efecto, el llamado temperamento sanguíneo es en general el predominante en ellas, el mas favorable á la belleza y el mas apropiado á su carácter moral, resultando de la combinacion de una sensibilidad tan activa y una flexibilidad tan extrema como en él se hallan reunidas, la disposicion á commoverse por todo, á sentir emociones nuevas, y á conducirse solo por las impresiones del momento.

Examina el médico práctico; y verá cuán ávida es de cuanto pueda afectarla, como busca espectáculos raros y aun tristes, que atención presta á las narraciones que mas commueven el ánimo, como pasa de repente del llanto á la risa, con que avido anhela novedades, mutaciones y objetos ruidos-

soz que la seduzcan, que la proporcionen materia para sentir, para hablar, como fomenta las intrigas, embrolla los negocios, toma parte en las discordias, y suscita de intento disputas en el amor solo por gozar del acto conciliatorio: cuanto se complace en crear, corregir y animar los negocios domésticos por insignificantes y multiplicados que sean; y en esta observación atenta y detenida, repito hallará el médico una idea cabal del carácter fundamental de la mujer de un modo general.

Semejante disposición física, intelectual y moral excluye por lo común la fuerza, la profundidad, la perseverancia y las más sólidas cualidades del hombre. Dican sus detractores: su ligereza, su chadatanería indiscreta que la hace revolotear cual mariposa sobre la superficie de todos los objetos sin fijarse en ninguno, y que la deslumbraba por el esplendor de las cosas presentes, impiden á la mujer penetrar hasta el fondo de la naturaleza de las mismas: añaden que la falta el rigor del pensamiento, la continuación del raciocinio, la meditación aislada de todo lo exterior tan necesaria para profundizar los objetos. Yo creo que si uno se remonta á eminencias científicas de donde la caída es tanto más peligrosa cuanto mayor sea su elevación, no por esto, es menor distinguida la suerte que la naturaleza le concedió: sus gracias, su finura, su gusto rajado y seguro, sus modales, su exquisita sensi-

bilidad que sabe adivinar con una mirada los sentimientos más ocultos y que tanto llega á interesar al hombre, son cualidades que solo posee la mujer en el más alto grado: si juez nato de todo lo que agrada, la mujer civiliza las sociedades, modera nuestros hábitos, da libertad y finura al lenguaje, y siembra de flores la triste carrera de la vida; y si no tiene por lo común los grandes conocimientos que exige el gobierno de un Estado, es porque se le exigen deberes que cumplir sin darla los derechos que le corresponden.

Si despojada de su agradable frivolidad, su tímido pudor, primer adorno de sus encantos, y de su buen trato que atrae tratos, se nos presentase con cualidades varoniles, franqueza audaz, gesto viril, juicio duro y severo. ¿No echaríamos de menos, por ventura, á las mujeres con sus encantadoras imperfecciones que parecen creadas de intento para dominarnos y agradarnos? Soy de opinion que si no podemos vivir del todo felices con las mujeres, seríamos con su falta todavía mucho más desgraciados. ¿De donde emanan los seductores atractivos de la mujer? ¿En que consisten? se me preguntará. Responderé que en su misma falta de poder. Todo ser delicado, tímido y como abandonado á la naturaleza, enternec el corazón humano y le inspira naturalmente compasion; la naturaleza dotó á este sexo de un atractivo; le dió formas infantiles y redondeadas, el aire de la juventud y de la inocencia, con la

dulce voz de la súplica para encantar el corazón del hombre; esto por una parte; por otra, la mujer es generosa y noble, la preferencia que da a un hombre entre muchos rivales, distinguiendo al que juzga más digno, susurra el amor propio de este.

Así en una constitución tan delicada que de ningún modo es a propósito para ejercer el poder, la cólera, el carácter violento y dominante, cierto aire de superioridad y de arrogancia, cualidades todas varoniles, romperían a no dudarlo los lazos con que el débil puede vencer al fuerte: de manera que la mujer será siempre dueña y Señora por su ternura; y siempre es clara mando quiera y pretenda emplear la fuerza así física como moral o intelectual: tendrá que valerse de subterfugios, aparentando ceder para conseguir; y para decirlo de una vez debe conservar los hábitos del todo contrario, a los del sexo masculino. El hombre, según la naturaleza, debe ser franco, magnánimo, generoso valiente y rehente; la mujer deberá ser por su parte tímida, amable, modesta y económica; de modo que el uno debe ocuparse en llevar a cabo grandes empresas, en proteger y defender su familia y Estado contra los males exteriores; y el otro reducido al estrecho círculo de la vida doméstica tomar interés especialmente en las faenas de la casa, mostrar los más dulces

cuidados, las atenciones más eficaces y una ternura vigilante y activa: pues así como en los vegetales el pistilo está colocado en el centro de la flor y los estambres situados a su alrededor como para escudar y proteger lo que encierra la esperanza de la posteridad, así también en el hombre todo concurre a lo que puede llamarse vida exterior, porque el ardor vigoroso de su sexo le impone esa ley de expansión así física como intelectual y moral; mas la mujer está llamada, y en ella debe concurrir todo, a reunir sus afectos, a contener sus pensamientos y acciones en un solo foco; es a saber, en la reproducción de la especie humana y en la educación de la familia. No son nuestras instituciones las que proclaman esta verdad, sino la naturaleza misma: una esposa no está en su verdadero elemento, en su lugar más respetable y más dichoso para ella, si no se halla en donde la llaman sus deberes esenciales: el instinto se lo dicta también, porque solo se siente creada para desempeñar este papel en el que brilla con todo su esplendor y todos sus atractivos; si no llena su misión, sus mismas virtudes degeneran en faltas que rara vez se perdonan. Según los mayores detractores de la mujer la debilidad la hace falaz y disimulada conduciéndola naturalmente a la malicia

cuando piensan (1), por manera que se descubre tanto más la imperfección de su carácter cuánto más se la profundiza. Así es que decía con verdad cierto pensador, que las mujeres pierden ordinariamente mucho más en dejarse conocer que lo que habrían ganado en dejarse ver. Dicen sus adversarios: "Vedla como siendo tan débil propiende siempre a mandar despóticamente en todos los países antiguos y modernos donde haya esclavos, nunca impuso el hombre castigos tan rigurosos, ni se hizo obedecer con tanto imperio, nunca fue tan altanera y tan predominante, tan implacable y cruel como la mujer: es, además, injusta, porque todo lo lleva al extremo, es egoísta aun cuando aparenta inmolarse con una sublime generosidad, al paso que el hombre, a pesar de todos sus vicios, puede imponerse ciertos límites: dicen además que son ebrias y por lo mismo más rencorosas, supersticiosas y envidiosas que los hombres; y por último tanto más falaces y astutas cuánto más débiles: procuran usurpar aquello que no pueden conquistar, y como la que-

(1). Dicit Publius Syrus = "Mulier quae sola cogitat, male cogitat."

sion que sufren sutíliza su astucia y disminuye sus talentos, y como la virtud nace de la fuerza alimentada por el valor, la grandeza de ánimo, la moderación, la justicia, la templanza y la prudencia; síguese de aquí que la falta natural de aquella en el sexo femenino debe de hacer casi imposible estas virtudes, que serán mucho más raras sobre todo en mujeres sometidas a la esclavitud y privadas de educación. Si aun cuando consideramos en la vida las geradas imputaciones de los enemigos de la mujer, de lo cual estoy muy lejos; para ser imparcial menester será ponga de relieve sus excelentes virtudes, entre las cuales nadie disputará a la mujer la humanidad, la sensibilidad, y la dulce ternura de su alma compasiva hasta el heroísmo con que modera todas nuestras pasiones; y si comparásemos un sexo con otro por el bien que difunde cada uno en la tierra; ¿quien no colocará a la mujer a mayor y más elevada altura que al hombre, al considerar el augusto papel de beneficencia que la naturaleza le encomienda con respecto a esta, con tanta frecuencia ministro de la muerte y del dolor para con sus semejantes? ¿No se transforma en afetuosa bondad su timidez, en cantadora, su avaricia en útil economía, su niguma superstición en santa piedad, virtudes todas a las que nada

esenciales para una buena madre? En ella depende todo de la moderacion en los afectos, y esto puede asegurarse por una buena educacion.

Solo la supersticion es la mas dificil de reprimir, porque emana de un principio venerable; cuyo exceso no se puede nunca reprobar; y asi es que ha tenido en todos tiempos los mas ardientes proselitos, entre este sexo que se ha llamado devoto; por esto los antiguos germanos, creyendo ver en él algo de divino consultaban como oráculos a *Aurinia* y a *Veleda*. (1).

La mujer, enemiga de la duda, por lo mismo que es débil busca un apoyo y se precipita en la supersticion, prefiriendo a veces las coniepciones mas absurdas a la fria razon. En ella se encuentra principalmente la creencia en las predicciones, en los sueños, en los hechizos y en la magia; y aun en nuestros tiempos tenemos vaticinadoras, adivinas, y mugeres que echan las cartas, persuadidas, no pocas de la verdad de sus fútiles, cuanto vanas artes.

Pero por otra parte: ¿Quién puede experimentar los arrobamientos del espíritu, los raptos, los éxtasis capaces de separar la mente de todo lo terrenal, haciendo

(1) Tacito. De moribus Germanorum.

impensible el cuerpo a golpes y heridas, sumergiéndole en la catalepsia, en un espasmo general, o en una exaltacion mental durante la cual se cree unida el alma a la divinidad, a no ser las mugeres en un estado de exaltacion nerviosa? Y tengase en cuenta que aquí no me refiero al orden sobrenatural y divino, que respeto como el primero.

Todas las historias del fanatismo, del magnetismo animal, del sonambulismo, etc. nos presentan a la mujer siempre en primera línea, su imaginacion exaltada engaña de tal suerte sus sentidos que ven, sienten y oyen a veces lo que no existe; por manera que ya dejándose arrastar de un entusiasmo santo y venerando, ya de una frenética y abominable supersticion y fanatismo, han dado bajo todos conceptos, ora los mas admirables ejemplos que seguir y que imitar, ora los mas detestables e infundados que deplorar en todos los siglos: siendo unas veces la mujer tipo brillante de todas las virtudes, y otras de los temores, y horrendos, cuanto execrables excesos: singularizándose siempre, tocando siempre a los extremos en la carrera tan volubilizca del bien y del mal. Asi es que bajo su influjo se han propagado la mayor parte de las religiones. La Francia debe el

establecimiento del Cristianismo a Clotilde, esposa de Clodoveo; y Berta, esposa de Etalredo, consillio a los Ingleses: mientras que el arrianismo fué propagado en Oriente por las emperatrices Constantia, Eusebia y Domínica; así como el prosélito más entusiasta que tuvo Mahoma cuando fundó su religion abominable fué su misma esposa Cadisha.

La explicacion de tan admirables singularidades se halla naturalmente en su especial sensibilidad y en la delicadeza de sus organos, clave de las contradicciones misteriosas que reúne en sí la muger. He ponderado su dulzura, su flexibilidad, capaz de acomodarse a todos los estados y de resistirse de todas las formas: lo cual á primera vista podria dar bastante fundamento para deducir que la complacencia, la docilidad, la sumision y la obediencia son cualidades inherentes a su caracter; sin embargo, conocida ha sido siempre su tendencia á encolerizarse cuando se la quiere dominar con imperio, á disputar á mandos con tanto más empeño cuanto menos se le permite ejercerlo, y obstinarse por último, algunas veces sin razon, solo por conseguir el triunfo aun cuando le sea perjudicial la victoria. Cuando se ofende su amor propio por haberla contrariado, es principalmente cuando lleva la terquedad

ó la prevención hasta el mayor extremo, por que le sucede lo que á los niños, y á todos los seres débiles, que por su misma inferioridad, solo á duras penas conceden superioridad á otros.

Mas si la muger es como un niño, ¿Porqué humillarla haciéndola sentir todo el peso de su dependencia? Porque este es el verdadero principio de su resistencia. La muger no ve aun en los actos de más justa sumision, si no las cadenas de su esclavitud, así como el pobre siente más la pérdida de una pequeña suma que el opulento banquero la de una parte de sus tesoros: mas como sabe que se desprecia á una esclava, pero que se debe querer á una compañera, deja por esto de ser obstinada siempre que se salva su amor propio, que se la disfraza hábilmente el modo de ver su inferioridad con pruebas de confianza y con un aire de importancia que alhague sus sentimientos y opiniones; siempre que por el interés de sus placeres, de su vanidad, etc. se distraiga su vista del objeto de su obstinacion, y pueda ceder sin creerse humillada. Es como he dicho, á la verdad, un niño y por lo tanto es preciso distraerla más bien que disgustarla; con esta destreza y las prudentes deferencias que se deben á una esposa querida, modera su autoridad el padre de familia, y le da más peso y seguridad, haciéndole partícipe de sus sentimientos, en vez de imponerlos con violencia.

Se dice que uno de los principales móviles del carácter de la mujer es ese fondo inagotable de vanidad de que están penetradas todas sus acciones y pensamientos; mas no reflexionan los que así piensan, que la mujer siendo un ser destinado por la naturaleza a agradar, debe de ser por lo mismo cuidadosa de su persona y esmerada en su compostura, teniendo necesidad de algún estímulo que le excite a reunir todos los medios posibles para los días de gloria y de combate entre tantos rivales, deseos de conquistar los corazones de sus amadores; de suerte que lejos de ser vituperable la vanidad en la mujer, siempre que esté contenida en sus justos límites, perdería mucho de su valor si se le despojase de su amor propio. Y por otra parte: ¿con qué justicia podrá rebársela en cara su vanidad, si las adulaciones universales y sociales la aturden, nuestra idolatría la cega, y las lisonjas que le prodigamos, contribuyen a que se forme la más agradable opinion de su belleza y mérito? ¿Que hombre en caso parecido habría que pudiera resistir las continuadas seducciones del orgullo? Digámonos por ventura, si puede haber un cierto más amonico, ni más fascinador para un tímido que el de los homenajes, ni encanto más deslumbrador para ella que ver al hombre so-

berbio, al aguerrido capitán, al sabio, al fuerte vencedor y orgulloso prostrado a sus pies y sometido a su imperio. ¿Y no vemos a cada paso en la historia de siempre o en las páginas antiguas y modernas a los reyes y a los principes, a los emperadores y czares, a los más grandes hombres de la tierra dejarse cautivar ciegamente por las gracias irresistibles de sus cortesanas?

Delineada en rápido esbozo y a grandes trazos, la extremada sensibilidad de la mujer, cuanto me lo ha permitido la índole del acto que tengo a desempeñar y mis escasas fuerzas intelectuales, cometería una grave falta, si he de llenar regularmente el objeto que me propongo, omitir alguna que otra consideracion acerca del influjo que en la mujer ejercen las pasiones, siquiera deba hacerse con la misma ligera y breve concision, con la misma brevedad que hasta aquí.

La pasión predominante en la mujer es el amor, sentimiento que si a veces depende en el hombre del estímulo de los sentidos, es en ella más bien dependiente de la necesidad del corazón que gobierna despóticamente su destino. El amor es la historia de la vida de la mujer,

y un episodio en la vida del hombre. Amar y ser amada es su dicha, y su bien supremo.

Cuando niña ama sus muñecas, objeto de sus mas tiernos cuidados, y cual si por inspiracion tuviese conocimiento de su destino, prelude sus futuras funciones, visitándolas con arte y con primor: cuando joven necesita un apoyo a manera de la débil caña, y se halla realmente en su esposo, contentándose con ser su último amor, y consagrándose toda entera a él y a sus queridos hijos; mas si llega a envejecer, sumergida en la tristeza y en el llanto origen parte frecuente de los sentimientos tiernos, todavia se hace amar para consolarse y el mismo luto la sirve de adorno despues: llega por último a la vejez, y perdida toda esperanza de agradar por su belleza, la imprescindible necesidad para ella de las afeciones del corazón la inclinan hacia el Dios de bondad y de misericordias, que nunca la abandonara, y viene a curar un amor con otro, sin dejar aun de amar jamas.

Todas las mugeres niñas o ancianas, jóvenes o viejas, hermosas o feas, todas se complacen en que se las admire y se las rindan homenajes; y creyéndose mas fuertes en proporcion que son mas tímidas, cifran por esto su gloria toda, en sujetar un corazón indómito, en fijar para siempre a un inconstante, en derribar una altiva independencia.

El amor es la existencia de la muger; de manera que si se la despojase de él, todo perdria al su alrededor el brillo, la alegría y el placer; por él y para él quiere y puede solamente agradar, de suerte que, la belleza, el talento, las gracias, la juventud misma no tienen ni pueden tener para ella otro atractivo fuera el de darle los medios de inspirar esta pasion. ¡Deshaciada la muger que al irse desvaneciendo estas ventajas, no alcanza a llenar el vacío que dejan en su corazón aficionado.

El amor es el trono y pedestal de la muger, nos da nueva vida en la tierra transformándola en paraiso, y nos arrastra y cautiva asegurando su imperio sobre la otra mitad del género humano.

Queda a su marido por todos los cuidados de la tierra, y a sus hijos por todos los deberes del amor; la muger vive en sí los mas dulces afectos de la naturaleza: su espíritu, su corazón están en continua actividad, vive en él, en ellos, en lo pasado, en el presente, en el porvenir y sin fin de placeres son el premio de su inagotable ternura; el amor una felicidad para este mundo, no menor, y para la eternidad, es en fin una llama que arde en el cielo, y cuyos destellos y dulces reflejos llegan hasta nosotros acá en la tierra.

No es el amor una sola pasión; sino que despierta fácilmente otra que son los celos, sensación eminentemente exclusiva que solo debería servir para alimentar ^{los} ~~impulsos~~ ^{impulsos} ~~oñados~~ ^{oñados} con frecuencia. Y como la mujer hace por el amor más sacrificios que el hombre, mientras que las leyes son muchas, severas, según que la naturaleza misma de las cosas lo exige para con todo lo que dice relación a las consecuencias del amor considerado bajo su aspecto sensual, despreñese de aquí cuán fácilmente se abandonara con furor a los celos, no bien se crea abandonada, o pueda siquiera remotamente sospechar que con el olvido se la condena a la dishonra, hirindola en la fibra más sensible de su corazón; de aquí la facilidad de acudir en demanda de los auxilios, beneficios de la ciencia porque semejante estado moral la conduce al marasmo, a la debilidad orgánica, a los padecimientos de índole nerviosa y atónica, a la demencia tal vez, pues semejante pasión es tanto más grande, grave y atroz cuanto más oculta y más lentamente se adivina, las entrañas y que únicamente es dado conocer a un médico reflexivo y experimentado, observador atento y filósofo perspicaz. (1) Semejante estado puede producirse una

(1) Cratisto médico griego llamado en compañía de los ^{más} famosos de su tiempo por el rey de Siria, Seluco Nicanor para visitar a su hijo el príncipe Antiochos que se moría de enfermedad desconocida, fue el único que descubrió que el mal de este era producido por una vehemente pasión hacia Estratónica concubina de su padre. Chimbita = Hist. general de la medicina

fiebre lenta consumtiva que marchita y corrompe no solo la salud del alma si que también la del cuerpo.

El despecho, el orgullo abatido, su esperanza frustrada, etc. son causas que provocan los espasmos, las convulsiones y otros desórdenes en la economía de la mujer, y que la afectan y commueven totalmente si se reflejan hacia la matriz, centro de donde parten multitud de irradiaciones nerviosas, especialmente en la época de la pubertad, y que por sus infinitas comunicaciones con el sistema nervioso abdominal (gran simpático) toma parte en el mayor número de afecciones de aquella, cuya terrible y desesperada situación conviene muy mucho estudiar, modificar, paliar, y si es posible curar, al médico como sacerdote de la religión del dolor? de suerte que si el médico encargado de su asistencia quiere hacerse cargo de cómo a veces la actividad, y la atonía otras o bien las diversas commociones nerviosas del aparato reproductor afectan totalmente su organismo, no tiene más que detenerse en observar fielmente la triztera afección, el talento precoz que germina y nace de repente en muchas jóvenes en la época de su pubertad, siguiendo en sus diversos trámites la serie de ideas y de sensaciones que acompañan a la aparición de esa flor escencia física y moral, de ese delirio erótico, fiebre de la vida que embriaga a la doncella antes tan tímida, y que sumergiendo

a otras por su aberración en la languidez de la clorosis, las impele a que se abandonen a absurdos o depravados apetitos.

Es muy importante al médico conocer también cuando llega la mujer a un punto en que los años destruyen la energía de su organismo, y la del órgano reproductor, la muerte, por decirlo así, del sistema sexual, produciendo unas veces aumento de fuerza, en el resto orgánico, o dejando en paz trastornos de invasión, dignos del mayor esmero y cuidado para el médico encargado de velar por su salud.

Sabido es, Excmo. Señor, que cuando se abusa de las pasiones más necesarias para nuestro bienestar, se las transforma desde luego en una de las causas más destructoras del organismo, en el cual imprimen profundas modificaciones, llegando a constituir un acceso continuo que agita los individuos como leve paja arrebatada por el huracán, hasta hacerlos desaparecer de la faz de la tierra.

¡Ejemplo de aquella que lejos de imprimirles un movimiento suave, moderado y agradable, como el del ciprés que mece blando las flores y subalsama el aire con su aroma, las deja secar y tomar fuerza, y adquirir un grado de

intensidad y de furor tal, que lleguen a arrebatarse consigo a manera de inquietosa y deshecha tormenta, que desarraigando las corpulentas encinas, no haya poder, ni solo en el terreno del arte y de la ciencia, sino en todo lo humano para resistir su furia desencadenada!

Trueno destructor son las pasiones, fuego intenso que consume y abraza la máquina viviente del sexo femenino; y que transmitiéndose de un órgano a otro, de un aparato a otro, de un sistema a otro, tal, arrasa, destruye individualidades robustas, transformando en una tuberculosa a la joven de constitución atlética; campos floridos ayer, áridos y yermos hoy. Todo debido a su delicada organización, relacionada con su estruendosa sensibilidad del sistema nervioso. Así es que los desórdenes que a su economía acarrean las enfermedades que en la mujer se producen efecto de su constitución física minada por exaltaciones intelectuales y causas morales, son infinitamente más que todos los que dependen de las modificaciones del organismo; como se ve palpablemente cuando el médico práctico considera las muchas tisis que invocan por causa una afeción moral (el amor), infinitas enfermedades crónicas del aparato digestivo producidas

por celos o profundos pesares; y aun la epilepsia, el histerismo con sus variadas formas, temblores, convulsiones tónicas y clónicas, enagenaciones mentales, y tantas y tantas que podría enumerar que no reconocen otras causas. Ahora bien, esto su-
 puesto; ¿Quién podrá estudiar mejor que el médico la mujer con- siderada física, intelectual y moralmente conocedor de antemano de los mas sutiles pormenores de su delicada organización? A él pertenece pues hacerlo mas directamente; puesto que son dignos de su atención e interés todos los desarreglos de la economía tanto físicas como morales e intelectuales; ademas se halla encargado por su noble sacerdocio de llevar el consuelo y la esperanza desde la morada del pobre y aragüento, hasta el palacio de los reyes: sacrificando a veces aun su propia reputación. (1).

Tal es nuestra misión, tan elevada y noble su ejer- cicio; y así tambien lo exige el bien de la humanidad. **Note**, y por tanto la misión del médico, para llenarla cumplidamente no olvide nunca el esmero con que debe examinar de que modo ha dispuesto la naturaleza

(1) Horacio "Palida mors pulsat aequo pede tabernas paupere- rum Requique turres."

este ser tan tímido y tan veludoso; debe observar tambien des- de la joven y mujer elegante de la alta sociedad lanzada en el gran mundo, donde sus nacientes pasiones hallan pábulo de continuo, hasta la humilde y tosca campesina curtida por los ardores del sol; debe tener presente la época y edad en que se encuentra; pues a veces debiera la joven ser dirigida cuida- dosamente en el interior de la familia, y solo oje alabar sus gracias, su bellera y gusto en el vestir, abandonándose a las seductoras preocupaciones del orgullo; funesta inclinación que la alucina y ciega como una pequeña luz, colocada delante e cerca del ojo que impide ver otras distantes y mas resplandecientes. Ensuéñale a las insinuaciones de la razón y se sumerge insensiblemente en el torbellino arrebatado del lujo, de los bailes, de la lectura de libros no bien escogidos, que imprimen extraordinaria movilidad en su sistema nervioso?

Observe el médico a la joven educada en la sciencia y en la molición consentida por la adulación, saturada de idola- tras, y a otras menores caprichos sonrie todo; y verá con frecuencia como se afecta su sistema nervioso del aparato generador (histerismo), jaquecas y convulsiones, que son para ella una consecuencia funesta de que no se podría evitar.

Non cuando el tiempo (padron terrible) la ve

sus encantos, cuando sea disminuir los homenajes que se la tributaban; como no se humillará entonces su amor propio! ¡Cuántos falaces elogios indignamente desmentidos! En vano tachará a los hombres de falsos e ingratos, en vano ensalzará la antigua urbanidad de nuestros abuelos; la terrible realidad se levantará entonces vengadora, y en la lucha del pasado con el presente, y al descomerse el triste porvenir, una pena desconocida y punzante se despierta en el fondo del corazón, una pena redora que se junta en el arrugado semblante y consume y gasta y angustia aquella vida tan hermosa poco antes y tan impresora.

¡Dichosa entonces la esposa modesta y sencilla que sabe resolverse a cumplir con su destino y a recumbir con más importantes cuidados los de su belleza perdida! ¡Dichosa si cuando anciana supo echarla en olvido, haciéndose cargo de que perdió el derecho de reinar por ella! Entonces se ensancha su alma, y se fortifica por mil reflexiones que el trato del mundo y la sociedad le inspiraron en otro tiempo, haciéndose acreedora a todas las atenciones de parte del hombre.

En su juventud un instinto sagaz le indicaba al instante lo que le agradaba y lo que podía des-

agradarle, dando a conocer lo vilioso y lo nocivo; pero en la edad madura su tacto es maravilloso para apoderarse del ridículo, sondar el corazón, distinguir una inclinación despreciable, y conocer a primera vista lo que conviene a tal o cual individuo; y tal es la rareza porque su política es más profunda y refinada; sabiéndose sostener con su destreza y el arte maravilloso de interesar y dirigir a la juventud ignorante en la vida del mundo.

Cuanto no le falta a la educación más esmerada si crece el hijo de los prudentes consejos de la madre; porque solo ella posee el secreto de hacerla verdaderamente amable; y sus hijos son su gloria; por ello, solamente se honjaba la ilustre Cornelia de brillar en el mundo sin en su rejer, y como aquella matrona son todas en este concepto; de suerte que su influencia existe en todas partes; y en todas pueden decidir de nuestros sentimientos, de nuestras opiniones y de nuestros gustos.

La muerte de un niño, decía el Capitan del siglo, es siempre obra de su madre, y este gran hombre se complacía en repetir que era deudor a la suya de la posición en que se hallaba.

El amor materno es el único inagotable, el solo que nunca envejece, al paso que es también el único que necesariamente tiene su primer origen en medio del sufrimiento. «Figuraos, dice Plutarco, las sensaciones de la mujer en los primeros días del mundo, cuando después de los dolores del parto vió á su recién-nacido salpicado de sangre y más parecido á un animal desollado que á una criatura viva; no parece sino que debería mirarle como un mal de que la naturaleza acababa de librarle, toda vez que ninguna gracia sensible podía atraerlo hácia él, ni su corazón podía sentirse conmovido por el atractivo de las formas, ni por la dulzura de la voz; y sin embargo de todo esto, en tan angustioso estado, le mira, le acaricia, le toma en sus brazos, le envuelve en sus vestidos y le arrima á su seno, volviendo días y noches sin cesar á una torca que no le causa jamás, sin recoger en cambio de tantos sacrificios, más que llantos y gemidos.»

Es, pues, la madre el ser más respetable de la naturaleza, manantial profundo y sagrado de la vida del mal humano

las generaciones; es Eva ó el ser vivificante que nos anima en su seno, nos alimenta con el dulce néctar de su pecho, nos coge en sus brazos y protege nuestra infancia en el regazo de su amor inagotable. ¡Honra de la creación, todo el universo la debe eterno homenaje!

Su misión no se reduce á procurar un hijo inteligente; sino que el mundo ha pide un hombre completo, un hombre cuyas pasiones participen todas de lo bello y de lo infinito, que sepa escoger su compañera, educar á sus hijos, y si necesario fuera, morir por la virtud.

La mujer tiene, por consiguiente, el deber de trabajar en el desarrollo del alma de sus hijos para hacerlos dignos del amor de sus semejantes, si aspira á una felicidad mayor que la de verlo respirar y digerir; á aquella felicidad que tan á lo vivo nos pinta Shakespeare cuando hace decir á la madre de Coriolano: «Menos fue mi satisfacción en el día en que nació, que en aquel en que le vi hacer una acción digna de un hombre.»

¡Inferna de aquí cuántas precauciones y

prudencia son necesarias para dirigir la salud de un ser tan delicado, tan vario en sus afeciones, de una sensibilidad tan movable en los diversos estados de su vida, y en que secretos del corazón no deberá penetrar el médico en no pocas circunstancias para inspirar confianza a una imaginación tan estremadamente flexible y siempre vacilante; unas veces tendrá que ser discreto, otras firme, y siempre dulce, afable, reservado y usar de una persuasión moderada y condescendiente.

No debe serle desconocido al médico evitar con cuidado las fuertes pasiones del alma; puesto que conoce su viva irritabilidad, y sabe cuanto la agitan y trastoran; mientras que para su curación pondrá en juego el sentimiento y cuidará de hablar mas bien a su imaginación, sin echar en olvido un solo instante con cuanto facilidad se exalta y extravía a veces con un grado extraordinario.

De todo lo expuesto se deduce que la mujer es un ser extremado en sus afeciones y cualidades naturales, que muy rara vez conserva el medio justo de frialdad e indiferencia de que el hombre saca tanto partido para afirmarse en sus juicios fijándolos en la balanza de la equidad; el trato social fortifica sus inclinaciones

innatas, al paso que debilita las del hombre; y mientras que este trabaja para conquistar su independencia y quiere vivir por la autoridad y el valor, ella se agota por imponer y recibir una grata esclavitud, aprisionándose en los lazos de mil afeciones: de aquí deducimos que el uno aspira a la gloria y el otro solamente a la felicidad doméstica.

La mujer es objeto inconstante de amor y de odio; compañera ilustrada y sensible del hombre en los países civilizados, esposa, tierra mitad, o más bien el todo del ciudadano y su familia, conjunto de los mas admirables contrastes; en vano se pretende desvirtuarla, por que será siempre la preciosa mitad del género humano, la que excite al hombre a la virtud, o le arrastre al vicio, la que cause sus gozes mas vivos y sus dolores mas amargos.

Es el ángel custodio de la infancia, el bello ideal de la juventud, objeto de los mas vivos afectos del hombre, pensamiento perpetuo de su vida, consuelo y amparo de su vejez; gira incessantemente sobre nos otros una dulce influencia de que no es posible sustraerse; en la familia y fuera de ella su atractivo irresistible nos atrae, nos seduce, nos subyuga aun cuando a veces se la trate de la misma manera en el terreno de

consideraciones que se merece; porque si nos sustraemos de su influjo saludable, siempre será con perjuicio de los sentimientos mas nobles y de las mas delicadas satisfacciones.

La mujer fortalece y embellece la nacion, estimula los sentimientos de amor, de generosidad y de entusiasmo, y espiritualiza por decirlo así el mundo material.

El médico, que desmezca tan poderosos atractivos en la mujer, creará, a no dudarlo, que la naturaleza está muerta (y el materialismo le dominará), no habrá para él ni poesía ni amor, y el mundo será una masa bruta e inerte.

Y esto que le puede acontecer al médico como individuo, no puede menos de extenderse a la sociedad; de suerte que es de todo punto imposible y absurdo negar a la mujer el influjo saludable o pernicioso que ejerce en la vida, considerada física, intelectual y moralmente.

La civilizacion de un pueblo se conoce lo mismo que su estado moral y político por la consideracion que en él goza la mujer.

Desde las dulzuras del amor doméstico hasta el embrutecimiento del serrano, hay en un humilde concepto la misma distancia que de la civilizacion a la barbarie. Así, pues, su influencia, el

conocimiento de esta preciosa mitad del género humano abraza la vida entera. Por lo tanto importa muy mucho su estudio detando al hombre encargado de velar por su salud en la tierra, ya como jóven poderoso, ya como madre ya como esposa: tres palabras mágicas que en sí mismas en sí todas las felicidades humanas en el minuto de la belleza, del amor y de la razón; sin ella se disiparian los bienes mas preciosos que nos concedió la naturaleza a saber: la libertad y la honra.

Es así, Excmo. Señor, el boceto que me ha sido posible delinear acerca de la importancia que tiene para el médico el estudio de la mujer bajo los tres aspectos, físico, intelectual y moral; estudio que en vano me he esforzado probar, es útil comprender al médico por las infinitas relaciones que tiene con el desempeño de su noble oficio elevado a sacerdocio como encargado exclusivamente de la conservacion de su delicado organismo.

La ejecucion de esta obra debidamente concluida la dejaré para otro artista mas ins-

truido y ejercitado, cuya inteligencia, más clara que
la mía, pueda darle el verdadero colorido de que
es merecedora.

Madrid Setiembre 29 de 1837

El dicho
Eugenio Garcia y Soria

